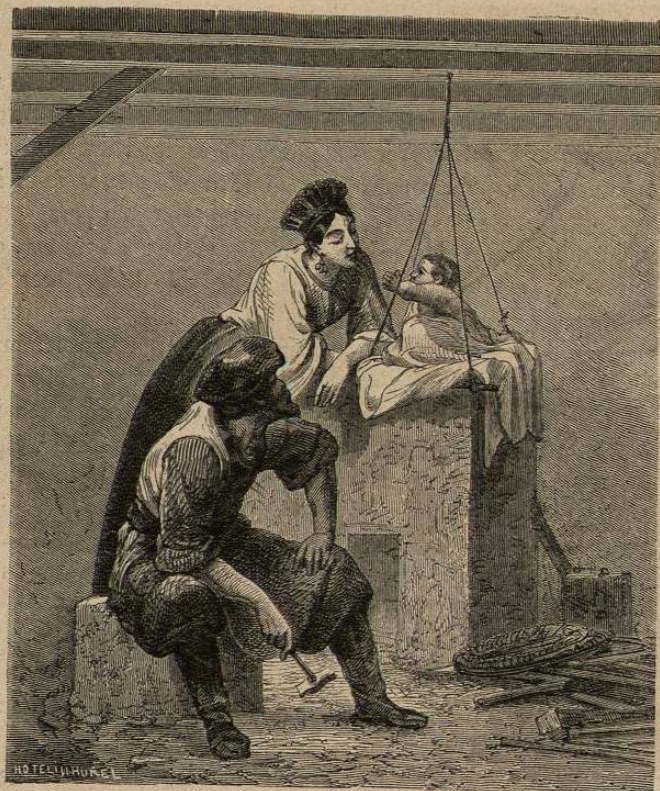


Nos levantamos precipitadamente, nos vestimos de cualquier manera, y abrimos la puerta á la autoridad. El señor prefecto se presentó con el aire mas amable y cortés, y con la sonrisa en los labios: «Señoras, dijo con voz suave: he querido saber por mí mismo si os habiais repuesto de vuestras fatigas, y si esta habitacion era mas de vuestro gusto que la otra.» Y oyendo nuestra respuesta afirmativa, añadió: «Celebro mucho que todo se haya arreglado como yo de-



El herrero y su familia.

«Creo, señor prefecto, que ignorais las instrucciones reglamentarias que tienen por objeto protegernos; por consiguiente me permitireis que os las diga. El reglamento previene que debe dársenos el tiempo necesario para reparar nuestras fuerzas; nos concede tambien el que nos detengamos, si nos conviene, en todas las capitales de gobierno; y por tanto, al detenernos aquí no hemos cometido ningun abuso, sino que hemos usado sencillamente de nuestro derecho, riguroso, oficial.»

—Ciertamente, respondió el prefecto con la misma sonrisa; el reglamento se espresa poco mas ó menos como me habeis hecho el honor de decirme; pero como vuestra salud no deja nada que desear, me ha parecido que el viaje os seria muy saludable, en primer lugar como higiénico, y en segundo como distraccion.

seaba; y, en efecto, estais en tan perfecto estado de salud, que no veo ningun inconveniente en que partais hoy mismo.»

Estas palabras nos causaron un estupor indecible. ¡Partir, cuando apenas teniamos fuerzas para sostenernos! ¡Partir, cuando el sueño era para nosotros una necesidad imperiosa! Traté, sin embargo, de moderar la indignacion que me causaba aquella melosa crueldad, y dije al prefecto:

Un sentimiento natural de altivez me impidió seguir suplicando á aquel funcionario tan atento, y me encerré en un silencio absoluto que pareció inquietarle. Sin duda hubiera preferido él la violencia, porque entonces hubiera tenido que reprimir por recurso; pero eso de no hablar ni quejarse, le hacia temer que me reservaba dirigirme en queja á la autoridad superior.

Aproximándose á mí, y haciéndome una graciosa reverencia, me dijo:

—En fin, señora, yo cargo con la responsabilidad, y os autorizo á que permanezcais aquí algunas horas mas. ¿Estais satisfecha de mi buena voluntad, de mi deseo de complaceros?

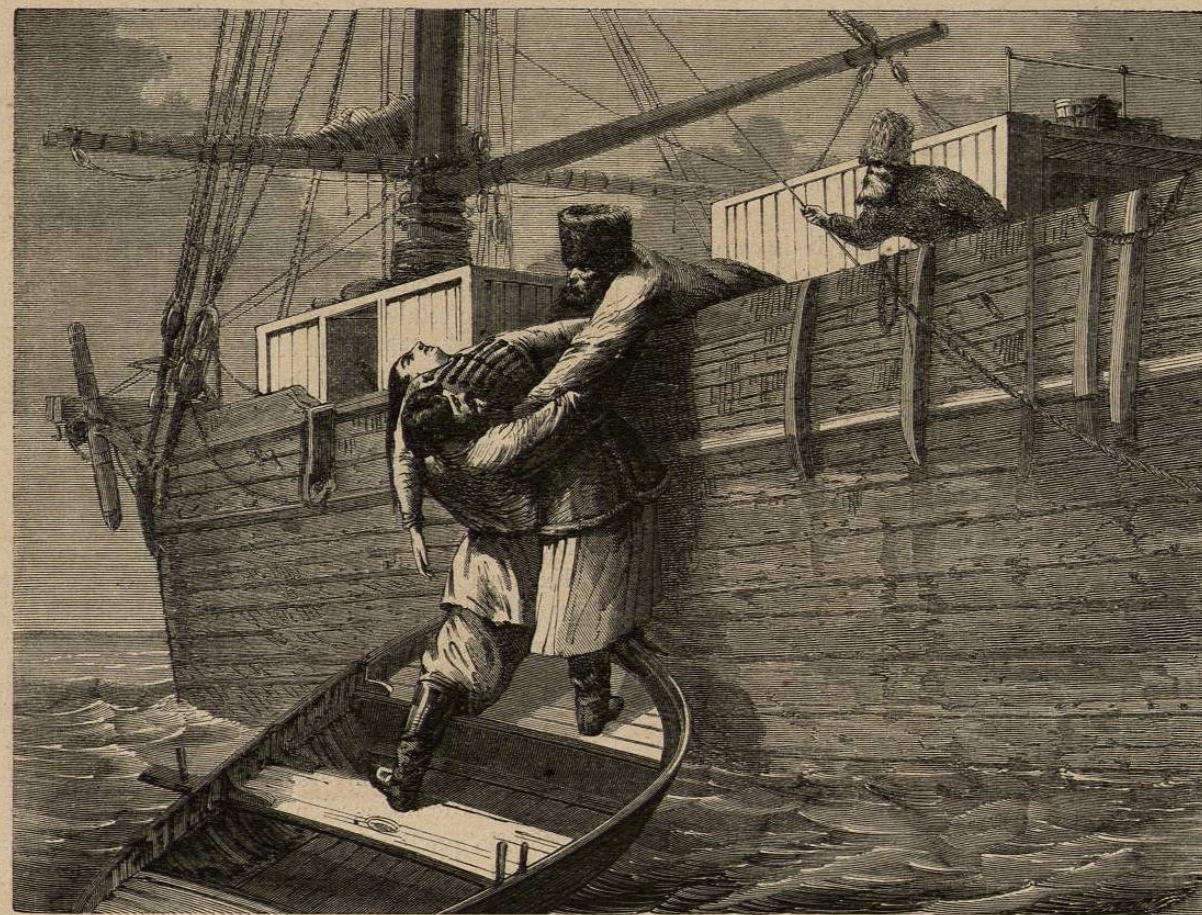
Nosotras queríamos usar de un derecho legal, pero no admitir una gracia, un favor, una caridad caída de tan bajo; y en cuanto se retiró el funcionario pú-

blico todos de comun acuerdo resolvimos marchar inmediatamente, y asi se lo dijimos al jefe de la escolta; pero ¡cosa estraña! nadie estaba dispuesto á obedecernos; todos querian tomar su parte en los placeres, en las fiestas, grandes ó pequeñas, que tienen lugar en aquel pais en la época de la Pascua: los soldados de la escolta, el postillon, los empleados de policia y de la cancilleria, todos se hallaban bebiendo ó

comiendo, y no querian perder semejante momento de la diversion pública.

Nosotras, pues, estábamos sentadas sobre nuestros cofres, esperando á que los señores quisieran marchar.

De pronto abren nuestra puerta, y vemos entrar una señora del aspecto mas distinguido y de maneras graciosas.



El salvamento.

—Señoras, nos dijo: al venir á veros no hago mas que pagar una deuda de gratitud. Soy viuda de un coronel ruso: seguí á mi marido á todas partes, y nos detuvimos algun tiempo en los alrededores de Varsovia. La Polonia es uno de mis mas caros recuerdos, y nunca olvidaré la acogida que allí me hicieron, y la hospitalidad cordial que recibí. Ciertamente hay paises cuyo aspecto grandioso y magnifico queda para siempre grabado en la memoria; pero Polonia se graba en el corazon, y cuando uno se aleja de aquel reino, piensa en él como en un amigo ausente. He sabido que estabais aquí, me han hablado de vuestras desgracias, os he amado antes de conoceros, y

querido estrechar vuestras manos y ofreceros el huevo bendito de la Pascua.

Y diciendo estas palabras agasajadoras, nos ofreció uno de esos huevos con la cáscara pintada, que son el manjar tradicional en nuestras monas.

Nosotras estábamos enternecidas. Debimos á esta excelente mujer el primer momento... el único tal vez de consuelo y simpática compasion; pero al momento se separó de nosotras... Quizá temia á nuestros vigilantes.

¡Dios recompense á nuestra querida visitadora, lo que hizo por nosotras!

La Pascua, la Polonia, la vida dichosa, revivian

para nosotras con todos sus encantos. Un rayo de sol habia entrado por la ventana, y nosotras habiamos visto y sentido el pasado... el pasado con todas sus dulzuras y todas sus alegrías confiantes. El día de Pascua llena todos los corazones polacos de una felicidad inefable; todo el mundo es bueno, porque todo el mundo es dichoso; las familias y los amigos están mas unidos: el amor y la beneficencia son la suprema cadena que enlaza á todo un pueblo. El que es rico da á los pobres; se esparce el oro; se multiplica la bondad; los señores abren de par en par las puertas de sus palacios, y los humildes se precipitan por ellas. La fraternidad preceptuada por el Salvador es la ley general; está grabada en todos los corazones y es santificada por todos. En Polonia se ora y se ama en el santo día de la Pascua, ¡y nosotras, pobres desterradas, nos dirigamos á la tierra de los mártires!....

En esto nos dijeron que el ama de la casa donde nos hallábamos queria hablarnos; y vino en efecto á convidarnos á comer. Esta singular proposición se nos hizo en lenguaje muy vulgar; nosotras nos encontramos perplejas, y observándolo ella, añadió:

—Mirad, señoras, voy á deciros la verdad. Hoy tengo muchos convidados, y yo sé que será para ellos cosa curiosa el ver polacas. Este es el motivo por el que he venido á invitaros; sin embargo, si os causa el menor disgusto, podeis permanecer en vuestro cuarto, y yo haré que os sirvan aquí mismo lo que querais comer.

A la idea de esta exhibición nos echamos á reir como locas. ¿No era cosa chusca, grotesca en sumo grado, eso de enseñarnos á los tártaros? Pero tuvimos por conveniente no incomodarnos, y asistimos al convite.

En cualquier disposición de espíritu en que se halle una mujer, siempre piensa algo en su tocador; y henos aquí á nosotras sacando de los cofres nuestros vestidos, pañuelos, manteletas y cintas, y tratando de desarrugar esas pobres prendas estrujadas. Terminados esos preparativos, nos hallamos bastante hermosas y compuestas para comparecer ante una reunión de tártaros.

Entramos en la sala del festín, donde se nos dió el sitio de honor; es decir, nos ofrecieron sillas cerca del brasero. Se nos hicieron muchos cumplimientos; nos rodeaban de atenciones; pero no se hablaba de la comida, y en vano buscábamos con los ojos la apariencia de preparativos. Pero á fuerza de mirar por todas partes, acabamos por descubrir en el alfeizar de una ventana una mesita muy pequeña que contenia tres platos: en uno habia una manzana helada y arrugada, cortada á rebanadas y polvoreada de azucar; el otro contenia pasas, y el tercero algunos granos negros de una cosa que nunca he podido saber lo que

es. La huésped nos invitó á comer de la manera mas amable. ¿A comer qué? Esta comida de anacoreta, era en verdad una chañza de mal género. La rehusamos, y pedimos que tuviesen la bondad de darnos una comida modesta, pero mas real. Nuestra petición pareció extravagante, y se nos dijo: en tiempo de Pascua es costumbre en Rusia abstenerse de pastas, carne fiambre, y en una palabra, de todo manjar demasiado apetitoso, sabroso ó sustancial. Después de esta lección, que se nos dió en términos claritos, dije á la huésped que estábamos prontas á seguir la costumbre establecida, pero que al menos nos hiciese servir una sopa y un pedazo de buey del cocido. Como se nos consideró indignas de participar de las fiestas rusas, se nos dejó sin dificultad volver á nuestro cuarto, y allí nos trajeron nuestra modesta comida.

Esperando de un momento á otro la orden de partir, pasamos toda la noche hablando ó dormitando, pero sin desnudarnos. Hacia el amanecer vinieron á decirnos que estaban enganchados los trineos. El cielo estaba espléndido, y la ciudad se destacaba sobre un horizonte luminoso y de un rosado claro: yo no me cansaba de admirar aquella radiante alborada. ¡Dios mio! ¡Cuán pródiga en magnificencia es la naturaleza; y cómo sabe, por medio de encantos maravillosos, arrancarnos á nosotros mismos para absorbernos en ella!

Examinaba yo la ciudad, que presentaba en este instante un aspecto risueño. Las calles están bien alineadas y limpias; las casas son grandes y construidas con piedra. Todo recuerda allí la Europa, y ya no tiene nada de común con la dominación tártara: sus estigmas salvajes han desaparecido.

La ciudad tiene universidad, observatorio, gimnasio, escuelas de instrucción primaria, fábricas... y en fin, todo lo que lleva el sello de una civilización adelantada. Las huellas del progreso son tan visibles, tan palpables, que al ver tales prodigios, se pregunta uno si efectivamente se encuentra en aquella tierra habitada por hordas tártaras, que en otro tiempo solo vivían del brigandaje, y de la rapiña.

Todas las poblaciones de la gobernación de Kazan, á una y otra orilla del Volga, son de origen muy vario, y los tcheremisos, los mordvios, los tshuvacos, los volsacos, los vigulitchos y los tártaros hablan lenguas diferentes, y sus costumbres, sus trajes, sus religiones, no guardan relación alguna, ni se parecen en nada. La población tártara, que me ha parecido ser la mas numerosa, ha conservado mas que las otras su carácter asiático. Las ciudades, construidas de madera, están erizadas de minaretes, y el turbante de colores varios domina entre la multitud de trajes. Las mujeres, como en Oriente, llevan largos velos blancos flotantes. Debajo de este velo de aspecto á la

vez pintoresco y gracioso, no llevan mas que un largo ropaje blanco, bordado por delante con lana de color. Los tártaros, á no ser que sean clérigos, visten un traje que se parece al que usaban los judíos polacos en tiempos antiguos; y se compone de un kaftan de mangas cortas, ó mas bien de un justillo muy apretado, y de un gorro puntiagudo de anchas vueltas, forrado de pieles. En otras comarcas visten los tártaros una especie de hopalanda que les baja hasta los talones, se cubren la cabeza con un casqueto, que les haria confundirse con los judíos polacos modernos.

En cada parada se agolpaba la muchedumbre en torno de nuestros trineos. Todos nos miraban, y las mujeres en particular nos agobiaban á preguntas; después examinaban nuestro equipaje, y volvían hacia nosotros diciendo: «¿Esto para qué es? ¿Para qué sirve estotro?» Querían saberlo todo, y se esforzaban, en vano á lo que creo, por entenderlo todo. Nosotras nos encontrábamos complacientes en las respuestas, y aun nos anticipábamos á su curiosidad.

En otras comarcas que atravesamos, encontré el traje de las mujeres mas singulares aun que el que acabo de describir. Vi tártaras cubiertas desde la frente hasta los pies de una especie de manto adornado con piezas de oro, que producian un sonido metálico á cada movimiento que hacian. Llevaban además las mujeres en la cabeza una diadema cortada en la parte superior en forma de alzapaños, que presentaba dos puntas agudas como las astas de un ciervo. Esta diadema ostentaba, como el manto, adornos brillantes, y el pecho lo llevaban tambien suntuosamente enriquecido de oropel. Toda mujer debe llevar allí, sobre la frente, el valor de su dote, lo cual simplifica mucho el matrimonio.

Seria necesario un volumen para enumerar la diversidad de trajes cazanianos, y como durante mi triste viaje me negaban pluma y tintero, no pude apuntar todas mis observaciones á medida que las hacia. Escribo, pues, lo que recuerdo, pero tengo la memoria fiel, y respondo de la exactitud de todo lo que refiero.

En una parada entre Kazan y Perm, vino á nuestro encuentro el jefe de una aldea tártara: su urbanidad, sus ofrecimientos no eran mas que un pretexto; y el verdadero objeto, la curiosidad. En las facciones y la expresión de aquel anciano, habia cierta nobleza; su traje se componia de una gran capa con que envolvía su cuerpo; y en la cabeza un turbante arrollado con mucho arte. Venia á su lado una mujer, que me presentó como su esposa, la cual traía el rostro descubierto, pero un inmenso velo de caprichosos pliegues le cubria la cabeza, los brazos, el talle y hasta las manos. ¿Por qué dejaba ver su rostro, que parecia una detestable pintura? Tenia las mejillas

llas cubiertas de blanquete y rojo, y las cejas pintadas de negro de ébano, y á fé que no habia economizado el color. Aquella máscara, aquel ser grotesco, producía el efecto mas singular en su traje oriental. Hice cuanto pude por no reir, y trabé conversación con estos dos indígenas: tenia yo deseo de conocer las particularidades de aquel país extraño, y empecé á hacer preguntas al jefe de la aldea.

—¿Cuántas mujeres teneis? le pregunté.

—No muchas: solo tengo cuatro.

—¿Y por qué no las habeis traído todas?

—Porque quiero que no vea nadie á las que son viejas y feas. Esta, añadió, lanzando una mirada de satisfacción á su espantosa mitad, es joven, tiene treinta y dos años, y aun se puede presentar.

Estas últimas palabras fueron pronunciadas con acento de felicidad modesta.

—¿Teneis muchos hijos?

—¡Ay! Con mucho sentimiento mio, no tengo mas que cuatro varones; pero tengo nueve hembras.

Al hablar de sus nueve hijas su voz se hizo lamentosa, y exhalaba suspiros.

—No os quejeis, eso es una fortuna, y sin duda casareis á vuestras hijas con maridos muy ricos; si, como supongo son hermosas.

—Si; pero mientras llegan los maridos, hay que mantenerlas, y ¿quién sabe si llegaré á verme indemnizado de mis gastos.

Perm.—Los montes Urales.—Ekaterinburgo.

Perm, regado por el río de la Kama, aunque capital de un gobierno, es ciudad de pobre apariencia y escasa población. Hace cincuenta años no era mas que una aldea, pero desde 1781 ha hecho de él el gobierno ruso una capital. Desde entonces ha crecido la ciudad, se ha mejorado, y hoy sirve de punto avanzado en la cordillera de los montes Urales. En estos grandiosos desfiladeros encierra la tierra minas preciosas para la industria. Por esta causa se ven por todas partes bonitas aldeas compuestas de centenares de casas nuevas, cómodas y perfectamente construidas. Las aldeas se llaman *zavody* (establecimientos) y están pobladas por los trabajadores de las minas. Algunas de ellas pertenecen á la corona, y las demás son propiedad de señores rusos.

En toda la extensión de la cordillera de los montes Urales se encuentran minas en explotación, y entre ellas las mas numerosas son las de hierro y cobre. Se encuentran tambien piedras preciosas y metales finos.

Entre Perm y Ekaterinburgo hay un excelente camino, que corta transversalmente los bosques y las rocas de la cordillera de los Urales, cuyas aguas todas se dirigen hacia el Oeste, y van al mar helado las unas, y otras al Caspio.

Ekaterinburgo, fundado en 1723 en el Isset, tiene ya una población considerable. Posee la principal casa de la moneda del imperio ruso, y la dirección general de las minas: uno y otro edificio de notable belleza. Además tiene grandes fábricas, donde se trabajan los minerales y las piedras finas.

Pueden comprarse en Ekaterinburgo piedras preciosas, montadas ya ó sin montar, á precios muy módicos. En semejante país no escasean las tentaciones; pero ¡ay! yo me encontraba como aquel árabe del desierto que, falleciendo de hambre y de sed, encuentra en su camino un saco de perlas, y exclama:—«¡esto no son mas que perlas!»—Eché, sí, una mirada codiciosa hácia aquellos preciosos objetos; pero al punto volví la vista á otro lado.



El coronel desterrado.

tanto, muy precioso. Nos propusieron una buena berlina, pero hubimos de renunciar á ella, y tomar un pobre *perekladna*, es decir un carro de posta.

Nuestros excelentes trineos tan abrigaditos, tan cómodos, pasaron á ser, mediante algunos rublos, propiedad del posadero. ¡Qué ganga para él! Por eso dió una buena propina al postillon.

No hay palabras en las lenguas conocidas que basten á explicar el suplicio de un viaje largo en *perekladna*: la Rusia debería reservarlo para los grandes criminales.

Figuraos una larga caja mas alta por delante que por detrás, con una tabla á manera de banqueta, y nada de muelles; las sacudidas son tan violentas que es de todo punto imposible que el viajero encuentre su aplomo: á cada bache, y son casi continuos, se da un salto sin poderlo evitar, y estas evoluciones forzadas acaban por arrancaros verdaderas lágrimas.

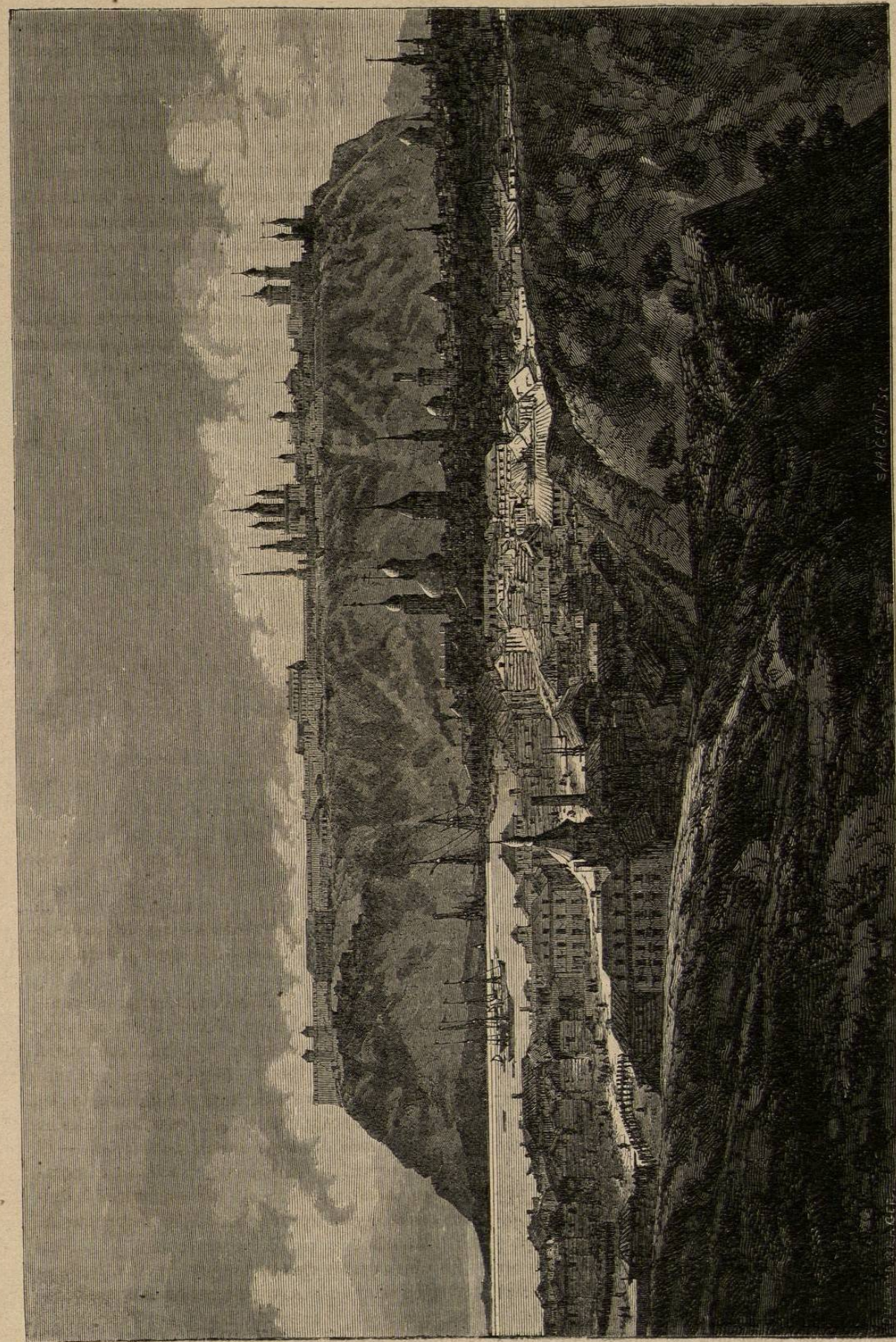
Las nieves nos permitian continuar el viaje en trineos, y esperábamos poder conservar hasta Tobolsk este género de locomoción, pero al llegar á Ekaterinburgo, estaban los caminos cubiertos de un lodo tan húmedo y viscoso, que los caballos no podían andar. Esto nos obligó á detenernos en una posada, mientras el jefe de la escolta se puso á buscar un medio de transporte que asegurase el resto de nuestro viaje. No tardó en volver anunciándonos que debíamos renunciar á los trineos, que iban á ser reemplazados por carruajes de ruedas.

El estado de nuestros bolsillos aumentaba las dificultades. Un aumento de gastos nos asustaba mucho, pues ignorábamos si podrían enviarnos dinero de nuestras casas, y el poco que nos quedaba era, por

Nosotras estábamos descoyuntadas, acardenaladas y llenas de contusiones, como si hubiéramos sufrido el tormento del knut.

A una legua corta de Ekaterinburgo, el camino estaba cubierto de nieve. Manifesté mi admiración al conductor, quien me respondió con mucha flemma:—«De aquí á Tobolsk no vereis mas que nieve: mirad las llanuras que tenemos delante, y las vereis todas blancas; por eso se pasaban todos en la última parada de veros en un *perekladna*.»—El mal era irreparable: no podíamos perseguir al posadero que habia abusado de nuestra ignorancia: la única manera de viajar por aquel país, es desconfiar de todo el mundo.

Mas bien pronto iba á suavizarse nuestra deplorable situación, y en la siguiente parada la administración de la posta nos ofreció trineos pertenecientes á la corona. Ciertamente no estaban tan bien acondicio-



Tobolsk.